

Memoria y desmemoria

El jardín de la memoria

(En recuerdo de Antonio Lorenzo)

Ricardo Berdié e Isabel Aína

Recuerdo sobre la construcción de la plaza del Jardín de la Memoria que proyectó Antonio Lorenzo, arquitecto recientemente fallecido.

(...) No está hecha de esto la ciudad, sino de las relaciones entre la medida de su espacio y los acontecimientos de su pasado.

.....
En esta ola de recuerdos que refluye, la ciudad se embebe como una esponja y se dilata.

Ítalo Calvino; *Las ciudades invisibles*



La bañista

Capítulo 1

El Jardín de la Memoria fue el nombre que se eligió hace años para identificar un espacio que se construyó, íntegramente, desde y por la participación. Seguramente tenía entonces un significado específico para quienes más de cerca vivieron ese hecho o habitaron en el entorno de ese espacio; probablemente ese significado haya cambiado con el paso de los años, en cualquier caso, la memoria se construye recordando.

En un determinado momento de la historia del barrio de San José se produjo, a principios de los años 80 y en esa zona alta al sur del barrio (en concreto en los abandonados terrenos de la que conocida como Fábrica de Pina), un especial grado de acercamiento popular a ese espacio urbano abandonado que se reivindicaba como público. En esa relación espacio-vecindario, un hecho cualificado adquirió protagonismo: el deseo de “construcción” de ese espacio público desde el máximo nivel de autogestión, con el

objetivo de que la apropiación pública del espacio rompiese la invisible pero sólida barrera que siempre establece una distancia entre el espacio público formal y los habitantes.

De la especial relación entre diferentes componentes y factores del barrio de San José (Asociación de Vecinos, abandono histórico del espacio urbano, vecinos de un entorno preciso, polarización barrio-centro, espacio público y apropiación colectiva del espacio, relaciones administración-vecindario, etc.) surgió

un movimiento que llegó a definir y construir físicamente el propio espacio público que hoy se conoce como Jardín de la Memoria.

El eslogan principal que se utilizó desde que comienza la etapa del proyecto y de la ejecución del jardín, difundido profusamente a través de octavillas, boletines informativos y un cartel que se reparte entre las asociaciones de vecinos de toda la ciudad es: “Desde y para la Participación”, y también: “¡Oh Pina! Opina.” Esa pertinaz idea de hacer participar para hacer sentir propio el parque, se extiende de igual modo a que, además del arquitecto y director de la obra, Antonio Lorenzo, participen en la misma otros técnicos y artistas. Así, de la jardinería se encargó José Luis Ferrando, la escultura de la bañista en el estanque fue obra de Carlos Ochoa, la decoración del Muro de la Memoria estuvo a cargo de Rubén Enciso, y un dibujo de Santiago Lagunas fue trasladado a cerámica por el ceramista Fernando Malo.

Pasaron los años. Se fueron dando pasos: Asambleas, manifestaciones, revistas, murales, reuniones, explicaciones puerta a puerta, participación de colegios, parroquias, comercios del barrio, asistencia a Plenos Municipales... y concienzudo trabajo técnico además de amplia explicación popular de esos trabajos.

... Y fueron pasando los años, pero...

El 19 de marzo de 1992, día de San José, la Asociación de Vecinos, las parroquias y las Asociaciones de Padres de Alumnos organizan la *Fiesta de Inauguración Popular del Jardín de la Memoria*. No había precedente en la ciudad.

Esta vez es el Ayuntamiento el invitado a la inauguración de una obra pública. 10.000 vecinos acuden al acto y toman su parque.

Al día siguiente, Heraldo de Aragón dedica su editorial al evento: “Los barrios también existen y están vivos, como lo demuestran las diez mil personas que acudieron ayer a tomar posesión del Jardín de la Memoria. Ojalá no haya que espe-

rar mucho tiempo para repetir una jornada festiva como esa”. Toda la demás prensa local destaca también la noticia. El jueves 26 de marzo, el diario El País, dedicaba media página a la historia del Jardín de la Memoria que comenzaba así: “El Jardín de la Memoria es un parque muy especial, tanto en su configuración como en el proceso seguido en su gestión. Es un ejemplo de que el urbanismo participativo es posible”.

Capítulo 2

La plaza en que los despistados podían encontrar sus recuerdos perdidos había sido bautizada con el nombre de Jardín de la Memoria, en un viejo barrio de la capital del aire. Poetas, vecinos y gentes de malvivir de la antigua ciudad así lo decidieron una noche, después de compartir mesa, mantel y algunas utopías.

“ De la especial relación entre diferentes componentes y factores del barrio de San José (...) surgió un movimiento que llegó a definir y construir físicamente el propio espacio público que hoy se conoce como Jardín de la Memoria. ”

En esa plaza-jardín confluían, en su diseño urbano —dirigido por Antonio Lorenzo, arquitecto, amigo y colaborador de la Asociación de Vecinos de ese barrio—, desde las manos anónimas de quienes habían ayudado a construirla con su aliento, hasta la colorida estatua de una bañista creada por el escultor Ochoa, que hoy esculpe nubes de algodón en el firmamento acompañado de Lorenzo y de la peña de amigos que tiempo atrás decidieron dejar la capital del Ebro...

Era esa una plaza en la que se cultivaba durante todo el año una huerta que algunos burócratas pensaron imposible en sus comienzos

allá por los años 80 del siglo XX, acaso porque fue dedicada a un viejo luchador comunista conocido como el abuelo Rosel. También habitaba la plaza el indómito espíritu americano de Martí, cuyo nombre nos regalara el poeta Rey del Corral la noche del bautizo, para que el cubano que estudió en Zaragoza pudiera soñar junto al cañaveral que brotaba cerca de la vieja acequia que regaba los campos próximos al barrio.

En esa plaza, como en todas aquéllas que en cualquier rincón de nuestra geografía conquistaran un día el corazón de sus habitantes, la memoria libraba contra el olvido siempre la misma batalla: aquélla en que tanto vencedores como vencidos forman parte del ejército de espíritus que cabalgan a lomos del tiempo.

Durante una época, en ciertas plazas de pueblos y ciudades de la romana provincia, se publicó un edicto en el que todo quedó prohibido: que los niños jugaran a la pelota, que los gitanos vendieran globos, que los negros ofrecieran abalorios, que la gente bulliciosa riera o, simplemente, que los más serios pensarán en público, por si acaso sus pensamientos hacían de la plaza un lugar propicio al quebrantamiento de las leyes o costumbres. Las plazas perdieron su simbología, su tradición grecolatina, y se fueron quedando desiertas, tristes, piedra y naturaleza muerta sólo para contemplación de mediocres estetas o de turistas sin alma.

Sin embargo, el invisible y mágico halo que transita el camino que nace en la memoria y desemboca en el futuro terminó por hacer que las gentes recobraran las plazas, justificaran su existencia, recordaran que aquéllas no lo son por deseo de su hacedor sino por voluntad de sus pobladores, y que algunos edictos, a menudo, deben ser abolidos.

Cierta primavera, una colorida marea humana inundó las plazas y recordó la historia del Jardín de la Memoria. Así fue. Y así continuará siendo.